
Cartografías globales, cartografías locales

JAIRO MONTOYA

DISOLUCIONES

Cuando en la primavera de 1986 Herbert Marshall McLuhan comentó en uno de los restaurantes más elegantes de New York que «una ciudad como ésta es algo superado», intuía que «la gente ya no se concentrará más en grandes centros urbanos buscando trabajo». Así concluía una premonición sobre la ciudad —que a la postre también lo es sobre la cultura contemporánea—: New York se convertirá en otra Disneylandia, en un parque de atracciones¹.

Treinta años más tarde esta especie de visión que McLuhan ya no alcanzó a contemplar en su puesta en escena, cobra los visos de un fenómeno global, no tanto por la *disneylandización* de las ciudades —en el mejor de los casos reconocible en algunas de ellas o en algunos de los múltiples fragmentos que las componen— cuanto por la *telematización* de muchos de sus dispositivos. Al modificar profundamente los espacios ciudadanos, eso ha terminado casi por generalizar la movilidad, y con ella la desterritorialización, en unas ciudades que si todavía no superan el tradicional concepto de «ciudad» —representado según McLuhan por New York—, al menos sí se hibridan, se camuflan yuxtapuestas en sus diversas representaciones. Aparece con ello lo que Javier Echeverría llama «una nueva forma de coexistencia entre los seres humanos» en un modelo de *polis* que denomina *Telépolis*. Abandonada la vieja estructura de la ciudad cerrada con sus accesos, superada ya aquella norma de crecimiento que ampliaba más y más su periferia mediante zonas fabriles o ciudades-satélite, perdida en fin su antigua limitación, la actual *polis* «no está asentada sobre un territorio bidimensional que pudiera ser cercano por círculos concéntricos y vías de salida, ni es reducible a un conjunto de volúmenes edificados sobre dicha planta: no tiene perspectiva visual, ni geografía urbana dibujable sobre un plano. Es multidimensional por su mismo diseño y ni siquiera desde las alturas es posible acceder a una visión glo-

¹ PISCITELLI, Alejandro: *Ciberculturas en la era de las máquinas inteligentes*, Buenos Aires, Paidós, 1995, p. 226.

bal de la nueva ciudad.» Orientarnos en ella es «recorrer a múltiples bases de datos, cada una de las cuales nos ofrece tan sólo un corte o aspecto.» Ahora a la parcelación del territorio se le oponen «estructuras reticulares, arborescentes e incluso selváticas, sin perjuicio de que en la inmensa complejidad venidera podamos llegar a distinguir nuevas formas de identificación y de clasificación rigurosamente estructuradas, a la par que eficaces por su presencia social». Y jugando a una transposición metafórica entre los espacios geográficos que aún nos sirven de referencia al pensar la *polis* y estos nuevos dispositivos que configuran Telépolis, Echeverría describe la ya no tan hipotética ciudad «como una transmutación geográfica en la que las regiones geográficas clásicas, representadas tal y como aparecen en los planos, quedaran reducidas a simples manzanas de casas en una ciudad, los países se convirtieran en barrios, y las cordilleras, ríos, océanos y restantes fronteras naturales pasaran a ser simples líneas divisorias entre unos barrios y otros... Conforme a esta propuesta, desplazarnos como turistas a Hong Kong o a Corea supone adentrarnos por el cinturón industrial de Telépolis, por ejemplo en un avión de cercanías... algunas zonas de África o de Siberia serían polígonos que quedan todavía por urbanizar y construir, la deforestación del Amazonas podría ser comparada al proyecto de edificación de una urbanización de lujo y la Antártida sería el gran lago de la ciudad, capa de ozono y aire puro incluidos»².

Urbanización del planeta dirán los que ven en nuestra cultura actual la expansión de la ciudad como proyecto; planetarización de la urbe, dirán los que ven en la ciudad lo que pudiésemos llamar más bien el modelo colonizador de la cultura. Pero en uno y en otro caso, la idea de que la ciudad como «dispositivo social de las sociedades» termina por ser en nuestra época el único modelo de sociabilidad posible nos debería inducir a pensar que el «mapa de sociabilidad» de la *polis* ha cubierto por fin el «territorio». Sólo que la experiencia ciudadana nos indica más bien que ese modelo ha llegado al paroxismo para estallar en miles de fragmentos; mejor dicho: que tras ambas expresiones —sea la urbanización del planeta o la planetarización de la urbe— lo que hay es una saturación que ha acabado por sobrepasar no tanto a la ciudad como dispositivo de territorialización, cuanto al modelo que la ha engendrado. «Implosión residual» ha llamado Jean Baudrillard a este fenómeno que en su mismo proceso ha puesto al descubierto el carácter ilusorio del modelo mismo. No en vano hablamos hoy de una cultura de la simulación tanto a nivel de las máquinas propiamente mecánicas como a nivel de las máquinas sociales.

Con los matices propios que esta expresión comporta, de lentitud en unos casos, de aceleración en otros, más traumatizadora para unos y menos para los otros, es la planetarización vertiginosa de la ciudad la que ha ido borrando las marcas de su fisiografía, ha ido modificando y transformando «las formas urbanas territorializadas», para dar lugar a esa experiencia metropolitana, incluso *telepolita*, que

² ECHEVERRÍA, Javier: *Telépolis*, Barcelona, Destino, 1994, p. 18-21 *passim*.

estamos viviendo y que al fagocitar los opuestos que le daban consistencia ha terminado por disolver incluso el espacio circunscrito en el cual se hacía pensable. Las fronteras que parecían acotarla como espacio definido, y que separaban el afuera del adentro, son absorbidas continuamente por esa máquina ciudadana que bajo el principio de la incorporación y utilizando los más variados mecanismos (equipamiento urbano, redes viales, circuitos comunicacionales, aparatos institucionales, de reconocimiento, imaginarios socio-cívicos, de integración, etc.), quiere poco a poco domesticarlas, «urbanizarlas» en el sentido de imponerles el registro y la doma del «adentro» para acabar haciendo de la ciudad un espacio sin fronteras, un territorio si se quiere movedizo cuyo continuo desplazamiento «desterritorializa» sus propios centros para convertirlos también en periferia.

Los trazos que parecían demarcar en la misma trama de la ciudad las estructuras jerárquicas de su organización social han perdido esa impronta del habitar sedentario y cuidadosamente organizado, para dejar deambular por ellos un continuo fluir de «territorios existenciales», de tiempos, de comportamientos estéticos, de memorias y de intercambios que como una inmensa red tejen la urdimbre de una cosmópolis más cercana al rompecabezas, al caleidoscopio o a lo que Isaac Joseph denomina «la ciudad construyéndose»³, y cuya fuerza monstruosa de expansión poco dista de la de aquellos microorganismos amorfos pero siempre vivos.

Las «marcas visibles» de su entorno, cargadas muchas veces de esas memorias legendarias que cristalizaban en puntos fijos de identidad y de reconocimiento ciudadano, pierden su condición de monumento para ganar la de signos resbaladizos, continuamente resemantizados por las experiencias polivalentes que allí se ponen en obra.

Resulta imposible pensar una fragmentación tal del espacio ciudadano, si así puede llamársele todavía, sin contar con la presencia cada vez más explícita y evidente de esas redes «a distancia» que traman su urdimbre y que en su creciente desterritorialización han devenido otras formas de reterritorialización; o, mejor dicho: redes que por paradójico que suene, han terminado por espacializar el tiempo en ese «eterno presente» de lo telemático a la vez que temporalizan el espacio al fragmentarlo⁴. Especie de aporía que marca la emergencia del paradigma cibernético de la ciudad contemporánea, y que puede encontrarse en la «naturaleza telemática, virtual o fractal» del dispositivo ciudadano contemporáneo, en ese cuarto orden de los simulacros del que hablara Baudrillard, caracterizado más bien por la proliferación, es decir, por la fragmentación y la deriva de objetos fractales sin referencias ni equivalencias.

³ Es «la ville à l'oeuvre», en oposición al «derecho de la ciudad».

⁴ Cfr. VIRILIO, Paul: *La vitesse de libération*, Paris, Galilée, 1995, p. 33 s. ECHEVERRÍA, J.: «Urbanización del tiempo doméstico», in *Cosmopolitas domésticos*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 100 s.

«Archipiélagos de ciudad», multiplicidad de micrópolis, si se quiere, es lo que encontramos hoy disperso en esas proliferaciones de subconjuntos de ciudades⁵, conectadas «desde y a lo lejos» por soportes «telegráficos» que han terminado también por modificar sus dispositivos mnemotécnicos. «Memorias-tele», podríamos decir, y ello en el doble sentido que la palabra puede tener para nosotros, es decir: en tanto que memorias sin un soporte material que las haga evidentes y en tanto que memorias desterritorializadas que pueden estar en cualquier espacio y en cualquier tiempo. A ello aludimos al pensar en el modelo (o dispositivo) telemático de la ciudad contemporánea —que obviamente no es sinónimo de los dispositivos de mass-mediatización de nuestra experiencia ciudadana—, y cuando hablamos de los procesos de globalización de la actual telépolis —que tampoco han de identificarse sin más con los procesos de homogeneización generalizada. De hecho, si hoy asistimos a lo que hemos llamado desterritorialización de las ciudades, no es exactamente porque el «territorio desaparezca en el mapa» —siguiendo la bella metáfora borgeana de la ciencia ficción de la cartografía—, sino más bien porque los mapas han terminado por ser justamente el territorio. Esos mapas, sus cruces, sus flujos, sus encuentros, sus desajustes, son aquello que llamamos proliferación de ciudades en la ciudad, si es que aún cabe hablar de «la» ciudad.

Siendo un poco cuidadosos, no deberíamos hablar propiamente de «ciudad global», tomando el término acuñado por Saskia Sassen en la excelente investigación que lleva justamente este título y en la que examina el papel estratégico que cumplen «ciudades globales» como New York, Londres y Tokio al combinar los procesos desterritorializadores con fuertes mecanismos de integración global. No deberíamos hablar de ciudad global porque la expresión connota aún esa noción de que en la ciudad se encuentra todo, es decir, que los fenómenos de la telematización acabaron globalizando la experiencia de la ciudad, para producir ese fenómeno de desaparición del territorio en el mapa. Dicho de otra manera: la Telépolis contemporánea de la que habla Echeverría no borra ni elimina las territorialidades que han configurado las ciudades. Conviviendo con ellas, abre, si así se quiere, nuevos campos de «memorias ciudadanas» que modifican, alteran o se hibridan con las memorias que la han constituido, pero que no las elimina necesariamente.

Por eso, rescatando el neologismo que justamente la cultura empresarial japonesa ha elaborado para aludir al nuevo esquema empresa-mundo⁶, podíamos hablar más bien de ciudades *glocales*, en tanto hay en ellas una perpetua oscilación entre lo global y lo local, entre «aquello que se manifiesta propio de una sociedad que ha devenido mundial y aquello que se apega aún a los dominios de

⁵ Las describe Jesús MARTÍN BARBERO para el caso colombiano en su artículo «La ciudad virtual», in *Revista Universidad del Valle*, núm. 14, Cali, agosto de 1996, p. 26 ss.

⁶ Cfr. GARCÍA CANCLINI, Nestor: *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 1995, p. 70.

los particular, de lo restringido, de lo local»⁷. Entre Polis y Telépolis hay pues una distancia bastante similar a la que se encuentra entre la ciudad ideal y la ciudad *glocal*: distancia que puede percibirse justamente en términos de procesos de desterritorialización.

Las mutaciones tecnomaquínicas de nuestras ciudades han llevado rápidamente hacia la telemática aquellas experiencias espacio temporales cuyos dispositivos de territorialización se habían afincado en el modelo mecánico y cibernético de las ciudades-metrópolis.

Así pues, Telépolis ya no habita en la materialidad de los edificios, las calles y las autopistas. Ya no tiene una perspectiva visual ni una geografía urbana que pueda registrarse en un plano. Telépolis ya no se ve. Su cartografía no tiene asidero material porque también ha *desterr(itorializado)* cualquier territorio identitario. Por eso es una ciudad que «muta», se diferencia, cambia, se transmuta continuamente en las redes imperceptibles de los «territorios virtuales, de las autopistas de los correos electrónicos, de las redes de Internet», es decir, en la presencia simulada –que Régis Debray denomina justamente *imagología*– de mil y mil imágenes.

Es claro que sólo hay ciudad cuando alguien la habita. Al fin y al cabo cualquier dispositivo de territorialidad sólo es definible en términos de quién o qué lo constituye. Y así como la ciudad deviene un espacio desterritorializado, su habitante –el ciudadano– deviene también ajeno al propio lugar, sujeto desterritorializado.

El ser humano contemporáneo se encuentra fundamentalmente desterritorializado –dice Félix Guattari–. Sus territorios existenciales originarios –cuerpo, espacio doméstico, clan, culto– ya no están arrumados en un suelo inmutable, sino enganchados, en lo sucesivo, a un mundo de representaciones precarias y en perpetuo movimiento. Los jóvenes que deambulan, con un *walkman* pegado a las orejas, están habitados por ritornelos producidos lejos, muy lejos de sus tierras natales. Sus tierras natales, por otra parte, ¿qué podría querer decir eso para ellos? Con toda seguridad no el lugar donde reposan sus ancestros, donde han visto el día y donde tendrán que morir. Ya no tienen ancestros; han caído allá sin saber por qué y asimismo desaparecerán. Una codificación informática les «asigna en residencia», sobre una trayectoria socio-profesional que los programa, a unos una posición relativamente privilegiada, a los otros una posición de beneficiados.

Todo circula hoy en día, las músicas, las modas, los slogans, publicitarios, los gadgets, las filiales industriales, y no obstante todo parece permanecer en su lugar, mientras que se esfuman las diferencias entre los estados de cosas ma-

⁷ JOSEPH, I.: «Le droit à la ville, la ville à l'oeuvre. Deux paradigmes de la recherche», in *Les Annales de la Recherche urbaine*, núm. 64, Paris, p. 4. Cfr., asimismo, GARCÍA CANCLINI, N.: «Glocalize: lo local globalizado», in *Consumidores y ciudadanos, op. cit.*, p. 69 s.

nufacturados tanto como en los espacios estandarizados donde todo se ha vuelto intercambiable. Los turistas por ejemplo, realizan viajes cuasi inmóviles, transportados en los mismos pullmans, los mismos camarotes de avión, los mismos cuartos de hotel climatizados, y desfilan ante monumentos y paisajes que ya han encontrado cientos de veces en los folletos de viajes y en las pantallas de televisión. La subjetividad se halla de esta manera amenazada de petrificación⁸.

Quizá no nos hemos percatado lo suficiente de que nuestra cultura finisecular no es más que la puesta en escena de múltiples procesos de desterritorialización hacia los cuales tiende la naturaleza humana como *conditio sine qua non* de su *philum* biológico.

Obviamente ya no se trata de desterritorializar el cuerpo humano: eso es prehistoria. Tampoco se trata de desterritorializar los «cuerpos sociales» en los cuales se han ido decantando las memorias sociales de la cultura: eso es historia. Asistimos hoy a una desterritorialización de los territorios en los cuales las anteriores desterritorializaciones encontraban su lugar de emplazamiento; es decir, el «territorio existencial» mismo: la memoria, la inteligencia, la subjetividad, con todos sus procesos de sociabilidad y de particularismos. Desterritorializamos el espacio y el tiempo humanos, condiciones absolutamente indispensables en la configuración de la experiencia humana como tal. Si algún sentido tiene el rescate de la dimensión «estética» como paradigma para pensar esos escenarios de socialización y desocialización de nuestra experiencia, es porque la estética ha dejado de ser trascendental –en el sentido kantiano–; lo que equivale a decir que ella también se ha desterritorializado.

Y al menos esto es necesario enunciarlo porque su desconocimiento y olvido acarrearán esas miradas apocalípticas, cuando no cargadas de cierta petulancia morbosa, que terminan caracterizando nuestra cultura como un momento *en falta*, en carencia, en pérdida de horizontes, al hacer justamente de la desorientación o el desarraigo, el desasosiego, la falta de coherencia, la precariedad, la insuficiencia o la superficialidad, los adjetivos con los cuales queremos justificar los procesos de desterritorialización como simples pérdidas de territorio.

Los procesos de subjetivación de la experiencia humana que llevaron en la modernidad a la caracterización del individuo como sujeto autónomo en cuya conciencia de sí define sus formas de singularidad, son procesos que vienen aparejados de profundas modificaciones en la vida privada y colectiva de los hombres. El trabajo de Richard Sennet titulado *El declive del hombre público* así lo ha puesto de manifiesto al examinar esas mutaciones que sufren los espacios de lo público y lo privado cuando los dispositivos de socialización de la cultura se van transformando.

⁸ GUATTARI, Félix: «Prácticas ecosóficas y restauración de la ciudad subjetiva», en *El constructivismo guattariano*, Cali, Universidad del Valle, 1993, p. 207-208.

La modernidad «conquistó» una esfera reservada al individuo: la esfera del Sujeto, sujeto racionalista por excelencia, dotado de la capacidad de pensar y de actuar autónomamente, y por lo tanto susceptible de determinar con libertad su destino personal. Esa conquista es la que podemos reconocer como el auténtico proceso de subjetivación de la experiencia humana que afincó la individualidad en la conciencia⁹. El proyecto moderno en su variante ilustrada lo configuró como sujeto abstracto, con pretensiones de universalidad, y lo hizo así tributario de deberes y derechos. La variante romántica modeló de otra manera la subjetividad para producir eso que hoy reconocemos como sujeto historizado, sujeto cuyo espesor pasa por especificaciones biológicas, económicas, lingüísticas, históricas, etc., que lo hacen pensable más bien desde categorías colectivas como la nación, la cultura, la clase social o la raza. No es la experiencia «telepolita» que hoy vivimos la responsable de un desfallecimiento de tal sujeto, que entre otras cosas parece haberse escabullido del plano de la especulación teórica –tanto jurídica como filosófica–, para acabar identificándose con la condición ideal del ser ciudadano. El dispositivo que lo sostiene como sujeto hace rato se había si no desvanecido sí al menos fuertemente cuestionado. Si la crítica nietzscheana a la metafísica, centrada entre otras cuestiones en esta identidad entre el yo y el sujeto, puede pasar como una discusión académica, no ocurre lo mismo con los trabajos de Adorno y Horkheimer en los cuales se pone a prueba la razón totalizante de la modernidad bajo la crítica a la «razón ilustrada» y su sujeto; tampoco ocurre igual con la crítica freudiana a la reducción psicologista del sujeto y la razón; ni con los análisis de Walter Benjamin sobre las aporías de la razón instrumental; y, en fin, con todos aquellos trabajos que apuntaban justamente a la crítica del carácter emancipatorio y libertario de la modernidad.

Pues bien: esos mecanismos de subjetivación son los que se han desterritorializado hoy, cuando los procesos de singularización no pasan ya por el registro exclusivo de una tal subjetividad.

Bastaría hacer un ejercicio de fenomenología sobre las maneras de estar juntos y sobre los modos de subjetivación para corroborarlo. Nuestra experiencia de la ciudad pasa ya por la experimentación de una trama sociocultural totalmente heterogénea y fragmentada, por formas que si no son nuevas sí al menos renovadas de integración y de exclusión. Nuestra experiencia pasa por unas maneras novedosas e inenabarrables en los «modos de sentir»; en fin: por una auténtica polifonía de narraciones que se acercan más al murmullo o al ruido que a la metáfora del texto lineal, fluido y evidente. De ahí que se multipliquen los espacios sociales como escenarios triviales –los famosos «no-lugares», cada vez más frecuentes–, y los registros de identidad recurriendo a episodios diversos de la experiencia *estésica* relacionada con el sonido, el color, los olores, los gustos, las pasiones o los afectos como huellas de

⁹ Cfr. ROSALBA DURÁN, F.: «El individualismo metodológico y perspectiva de un proyecto democrático», in CORTÉS, F., y MONSALVE, A. (eds.): *Liberalismo y comunitarismo. Derechos humanos y democracia*, Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1996, p. 315 s.

reconocimiento de la propia identidad. Y con ello, y junto a ello, nuevos principios de singularidad, y formas tan polimorfos de registrarlos que han generado lo que conocemos como «estetización de la vida cotidiana».

Intentemos al menos reconocer y enunciar algunas de las características de este nuevo habitante de la ciudad que más que «ciudadano» —en el sentido preciso del término, que supone participar en lo público—, parece acercarse cada vez más a una condición de sujeto subordinado, sometido a la ciudad, que le supera.

SUJETO SIMULTÁNEO

Si no fuera por la carga de extrapolación que tiene, uno estaría tentado a considerar la vivencia de las experiencias cotidianas como la puesta en escena de los principios de la relatividad restringida: La «simultaneidad espacio-temporal» de acontecimientos a los cuales está sometido el sujeto telepolita, ha terminado por hacer del dominio de las relaciones públicas y privadas, el paso, el tránsito de un mundo que no cesa de acelerarse.

Por eso debe reconciliarse con la actualidad, por eso esa especie de «pérdida de horizonte histórico» tanto hacia atrás como hacia adelante: porque todo parece confluir en el instante de un presente que pronto se desvanece y que transluce sin más el momento de una simultaneidad. Pero no sólo de los acontecimientos. Paralelo a esta simultaneidad, la PROXIMIDAD aparece ahora en toda su dimensión *estésica*, casi como una auténtica potencia de la *grandeur nature*, de esa proto-naturaleza que reduce a nada la escala de las dimensiones terrestres como dice Paul Virilio cuando propone la creación de otra forma de ecología, la ecología gris menos interesada por la *naturaleza* que por los efectos del medio artificial de la ciudad sobre la degradación de la proximidad física entre los ciudadanos: proximidad «física de la vecindad inmediata, proximidad “mecánica” del ascensor, el bus, el tren; proximidad “electromagnética” de las telecomunicaciones... La degradación evidente de los elementos constitutivos de las sustancias que componen nuestro medio natural va acompañada de la *polución desapercibida de las distancias* que organiza nuestra relación con el otro y con el mundo de la experiencia sensible»¹⁰. El sujeto ha devenido pues una IMAGEN SIMULTÁNEA¹¹.

SUJETO TELE-VIDENTE

La metáfora del cine parece haber cedido lugar sin sobresaltos a la «experiencia televisiva», al convertir ésta paulatinamente en una de las formas más eficaces de captar esa experiencia a la que estamos sometidos en nuestras ciudades

¹⁰ VIRILIO, Paul: *La vitesse de libération*, op. cit., p. 75-76.

¹¹ De la mano de los trabajos de Christian Metz sobre el significante imaginario, Marc Augé ha desarrollado esta «simultaneidad» bajo la noción de estadio-pantalla como lugar de reconocimiento de la subjetividad contemporánea. Cfr. AUGÉ, M.: *La guerra de los sueños. Ejercicios de etno-ficción*, Barcelona, Gedisa, 1998, p. 117 ss.

contemporáneas y al hacer de dicha experiencia un dispositivo con el cual se puede comprender ese nuevo RÉGIMEN DE VISIBILIDAD que nuestra sociedad en su condición mass-mediática exige y que a Gianni Vattimo le ha llevado a caracterizarla justamente como sociedad transparente. Más que un ser afincado en una identidad que lo hiciese visible, el sujeto se define ahora por su *rostrociudad*, especie de superficie indefinida constituida por «máscaras» que en su permanente mutación hacen posible la accesibilidad inmediata, esa permanente visibilidad en la cual se juega la sociabilidad de las metrópolis contemporáneas.

Si Rousseau aspiraba a una vida social en la que las máscaras se transformasen en rostros y las apariencias en signo de carácter, podemos decir que este escenario de interacciones móviles y cambiantes de nuestras ciudades realizó los deseos rousseauianos; sólo que en un sentido inverso a lo que él pensaba, pues las máscaras se transformaron efectivamente en *rostrociudades*. «Un rostro no es la epifanía que describen los fenomenólogos de la alteridad; es un elemento esencial en la estructura de distracción», especie de estrategia de visibilidad para habitar el espacio urbano. Figuras-membrana las llama Isaac Joseph, para señalar con ello la maleabilidad que se pone en juego en los intercambios y transacciones de la vida ciudadana actual. Bien entendido, sin embargo, que quien dice visibilidad no dice superficialidad, sino superficie: «La gran ciudad no es el escenario de una pérdida irremediable del sentido. Es un medio en el que las identidades se dejan leer en la superficie, en el que "lo más profundo es la piel". La superficie como lugar del sentido es precisamente la experiencia antropológica del paseante que vaga por la ciudad. Virginia Woolf y Georg Simmel definen al transeúnte que vaga por la atrofia del sentido de la orientación y por la hipertrofia del ojo. Ese paseante que vaga por la ciudad pertenece a la literatura radiada más que a la literatura lineal, esa literatura que es capaz de definir al mismo tiempo "los deslumbramientos del aire exterior y las ondas que se producen en los rincones sombríos y olvidados". Liberado del espacio y del tiempo lineales, ese paseante puede, como *Orlando*, atravesar tres siglos, desembarazarse de la alternativa estúpida entre la brevedad y la duración y dejarse llevar tan pronto por la una, "la diosa de patas de elefante", tan pronto por la otra, "la diosa de las alas efímeras". Ese transeúnte puede pues al mismo tiempo deslizarse por las superficies de siglos y dejarse captar por un rostro y un momento, es decir, por figuras, membranas del tiempo y del espacio de las interacciones»¹². Ese transeúnte puede en fin habitar tantas identidades como puntos de cristalización de sus memorias logre consolidar en ese *zapping* existencial que hace de su vida una deriva permanente, «un nomadismo generalizado», un individuo descentrado, un «hombre desplazado»¹³.

SUJETO DESTERRITORIALIZADO

La emergencia de nuestra cultura telemática empezó a consolidarse justo el día en que pudo «librarse» el registro mnemotécnico de sus prácticas de esa

¹² JOSEPH, I.: *El transeúnte y el espacio urbano*, op. cit., p. 48-49.

¹³ Es el título del libro de TODOROV, Tzvetan: *El hombre desplazado*, Madrid, Taurus, 1998, p. 25.

materialidad con la cual terminaba siempre confundiendo. «Memorias artificiales» ha llamado A. Leroi-Gourhan a estos dispositivos, para distinguirlos de aquellos otros propios más bien de las memorias étnicas o sociales (como el lenguaje en su sentido amplio) o de las memorias hereditarias (como el no menos complejo aparato del instinto). Memorias «tele» que permiten esa experiencia tanto individual como colectiva de un espacio simultáneo y un tiempo discontinuo, y que indican con ello una nueva forma de territorialidad humana.

Cuando hablamos del sujeto desterritorializado aludimos justamente a esta experiencia que ha hecho de nosotros seres sin un lugar fijo y definido, cuyas memorias ya se pueden formar «a distancia», cuyas identidades pueden trastocarse a cada instante, sin que ello implique la desaparición de esas otras maneras de «perseverar en el ser», aferradas al espacio de sus materialidades mnemotécnicas. Sujeto precario, pues, en tanto los nuevos dispositivos mnemotécnicos de una memoria *tele* ya no se juegan en el espacio de las identidades y los reconocimientos estables y fijos, sino más bien en la puesta en escena del carácter inestable, móvil y cambiante de la existencia.

Por eso el sujeto desterritorializado de nuestras ciudades encuentra en la figura del *extranjero* de Simmel, su socio cómplice que añade a ese desplazamiento identitario una nueva forma de desapego: el *desarraigo* como movilidad sin desplazamientos. Por eso puede hacer de su experiencia vital un continuo acto creativo de nuevas y nuevas territorialidades de consistencia tan efímera como el espacio de la conversación.

SUJETO FRAGMENTADO

No es fruto del azar el que la metrópolis se nos haga hoy inteligible a la luz de figuras topológicas como el *nudo*, la *red*, los *flujos* los *circuitos* y las *interfases*. Si nuestra época se ha podido pensar como la era de la informática y de la realidad virtual, es porque esta metaforología fluida y telemática, si así puede llamársela, se convierte en uno de los elementos clave para su consolidación y su justificación. Repetición nuevamente de ese plano de inmanencia entre agenciamientos colectivos de enunciación que la hacen comprensible y que incluso la justifican, y agenciamientos maquínicos de producción que la crean y la reproducen indefinidamente.

Las urdimbres de las grandes metrópolis son fluctuantes e inestables porque la ciudad se ha vuelto totalmente elástica, se ha disuelto en una compleja trama de redes y de nudos. «La ruptura con la aldea –dice Isaac Joseph– es el comienzo de una pérdida y de una fragmentación: pérdida de la familiaridad con el mundo y fragmentación del espacio y tiempo vividos»¹⁴. Ahora nuestra experiencia cotidiana tiene esas características de disolución y fragmentación en las redes de

¹⁴ JOSEPH, I.: *El transeúnte y el espacio urbano*, op. cit., p. 82

sociabilidad, de encuentros y desencuentros como las que constituyen las relaciones de parentesco, de vecindario o de amistad que al privilegiar ciertos puntos de confluencia acaban por conformar los territorios del barrio, de la cuadra o la manzana de casas, de la plaza o del espacio público –sin que ninguno de estos términos connote necesariamente el espacio físico al que los asociamos. Redes de intercambio social, económico, simbólico, afectivo, etc., cuya elasticidad los hace cada vez más inestables y por tanto más cercanos a la transacción fortuita. Redes de comunicación por donde circulan los flujos más variados de información y en los cuales se forman esos «mercados de correspondencias» que desde el chisme o el rumor hasta la opinión compartida, constituyen los puntos flexibles y móviles de sus encuentros. En fin, redes para el intercambio que movilizan intereses, recursos o bienes y que acaban precisando alianzas, utilizando intermediaciones o buscando confirmaciones en este movimiento permanente y generalizado que las define¹⁵.

No hay ni puede haber allí una experiencia más que fragmentada de un sujeto que ha de estar continuamente redefiniendo su(s) singularidad(es). Por eso la simultaneidad y la proximidad de unas relaciones que *dislocan* repetidamente cualquier estructura subjetiva consistente «exigen que se disponga de una lengua nueva: la lengua de los *intervalos* (Deleuze), especie de distancias que producen devenires minoritarios de todo el mundo. Porque sin estos las distancias sólo son marcadores de identidad para etnólogos del patrimonio, y la socialidad queda amputada en su ritmo y en su relación con el tiempo. No solamente pérdida del sentido de lo que se relata, sino anacronismo desmultiplicado, pérdida del sentido del mundo, pérdida del sentido crítico: separación de cosas y gentes mediante una puesta en escena del mundo, expediente éste que ya no funciona. El habitante de la ciudad parece haberlo perdido todo, ahogado por la ilimitada excentricidad de la *polis*. Por lo menos está perdido en su condición de ciudadano y hombre público»¹⁶.

Tercer intervalo llama Paul Virilio a esa especie de «intervalo-luz» que aparece ahora en el panorama de las relaciones simultáneas y que nos pone ante la experiencia de esta etología humana que ha producido una profunda mutación de las relaciones del hombre con sus territorios existenciales¹⁷. «Si el intervalo del tiempo (signo positivo) y el intervalo del espacio (signo negativo) han organizado la geografía y la historia del mundo a través de la geometrización de los dominios

¹⁵ Cfr. «Places et occasions», in JOSEPH, I.: *Erwin Goffman et la microsociologie*, Paris, P.U.F., 1998, p. 70 s.

¹⁶ JOSEPH, I.: *El transeúnte y el espacio urbano*, op. cit., pp. 87-88

¹⁷ «Cómo no comprender hasta qué punto esas radiotécnicas (de la señal digital, de la señal video y de la señal radio) han de trastornar mañana no solamente la naturaleza del medio ambiente humano, de su *cuero territorial*, sino, sobre todo, la del individuo y la de su *cuero animal*, puesto que el ordenamiento del territorio por pesados equipamientos materiales (rutas, vías férreas...) cede hoy el lugar de control del *medio ambiente inmaterial* o poco menos (satélites, cables de fibra óptica), que llega hasta el *cuero terminal* del hombre, de ese ser interactivo al mismo tiempo emisor y receptor». VIRILIO, P.: *La vitesse de libération*, op. cit. p. 23.

agrarios (la parcela) y urbanos (el catastro), la organización calendario y la medida del tiempo (los relojes) han presidido igualmente a una vasta regulación crono-política de las sociedades humanas»¹⁸. No obstante, un tercer tipo de intervalo, el *intervalo luz*, propio de las transformaciones tecnomaquínicas vinculadas al ámbito de las transmisiones, aparece ahora casi imperceptible en el escenario de las relaciones simultáneas e instantáneas (de ahí la metáfora einsteniana de la velocidad de la luz) en las cuales la *interfase* parece definir los nuevos escenarios de transacción; mejor dicho, de distancia entre actores que a cada momento han de definir su espacio y su tiempo¹⁹.

Sujeto fragmentado-sujeto fractal: Si como dice Augé toda identidad se construye por los procesos de negociación con diversas alteridades, toda crisis de identidad habrá que mirarla más bien como crisis de alteridad. El sujeto contemporáneo, metropolitano, tele- o eco-polita, ya no tiene en el «otro» esa imagen especular con la cual establecer su diferencia y por tanto su identidad. Su *pathos* radica ahora en su propia «diferenciación interna» al infinito: auténtica experiencia fractal del sujeto. Puesto que al decir de Baudrillard la trascendencia ha estallado en mil fragmentos que son como las esquirlas de un espejo donde todavía vemos reflejarse furtivamente nuestra imagen, poco antes de desaparecer. Y:

como fragmentos de un holograma, cada esquirla contiene el universo entero. La característica del objeto fractal es la que toda la información relativa al objeto está encerrada en el más pequeño de sus detalles. De la misma manera podemos hablar hoy en día de un sujeto fractal que se difracta en una multitud de egos miniaturizados todos parecidos los unos a los otros, se desmultiplica según un modelo embrionario como en un cultivo biológico, y satura su medio por escisiparidad hasta el infinito. Como el objeto fractal se asemeja punto por punto a sus componentes elementales, el sujeto fractal no desea otra cosa más que asemejarse en cada una de sus fracciones... No sueña ya con su imagen ideal sino con una fórmula de reproducción genética hasta el infinito. Semejanza indefinida del individuo a sí mismo... Desmultiplicado por doquier, presente en todas las pantallas, pero en todas partes fiel a su propia fórmula, a su propio modelo. La diferencia cambia de sentido de golpe. Ya no es la diferencia entre un sujeto y otros, es la diferenciación interna del mismo sujeto hasta el infinito. Y la fatalidad que lo gobierna es del orden del vértigo interior, de la explosión en lo idéntico, del espejismo no ya de su propia imagen sino de su propia fórmula de síntesis. Alienados, nosotros ya no lo estamos a los otros y por los otros, lo estamos a nuestros múltiples clones virtuales²⁰.

Se comprende por qué razón lejos de ser la experiencia metropolitana una *proxémica* que definiría el ámbito de las relaciones entre los ciudadanos «ideales»,

¹⁸ *Idem*, p. 25.

¹⁹ Recordemos que «la velocidad... no es un fenómeno sino la relación entre fenómenos», es decir, la relatividad misma, dice Virilio.

²⁰ BAUDRILLARD, J.: «Videosfera y sujeto fractal», in *Videoculturas de fin de siglo*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 28.

exige más bien una especie de saber que recupere en la distancia y en el intervalo su estrategia de interrelación. La *diastémica* tiene aquí su lugar, justo en el momento en el cual la figura del ciudadano ha devenido la del individuo. Por eso cuando Alain Renaut examina la derivación individualista del humanismo como «era del individuo», afirma: «simplemente, en el marco definido por esta irrupción de los valores nuevos de la subjetividad y de la autonomía, podría ser que la lógica de la modernidad, si es una, sea designada como la de la sustitución progresiva y diferenciada de la *individualidad* por la *subjetividad*, teniendo por corolario el desplazamiento de una ética de la autonomía. Ciertamente el individuo queda como una figura del sujeto; en este sentido hay que insistir en que son necesarias, para que se pueda desarrollar el individualismo, condiciones que son las de la modernidad, a saber, la instalación del hombre como «valor propio» en un mundo no intrínsecamente jerarquizado... Sin embargo... el individuo es quizás solamente una figura desvanecida del humanismo del cual hace desaparecer la sustancia misma... si se piensa que la lógica del individualismo conduce, deslizándose sutilmente del principio de autonomía al principio de independencia, a disolver la valoración, constitutiva del humanismo desde el Renacimiento, de una esfera de normatividad supra-individual alrededor de la cual la humanidad pueda constituirse y reconocerse como tal»²¹. Deriva del sujeto al individuo, o, en otras palabras, un individualismo sin sujeto como experiencia propia del hombre. El eclipse de la subjetividad, su evaporación en aras de la individualidad, marca la emergencia del hombre hoy en la ciudad.

Si el proyecto moderno se construye en la ficción de un hombre autónomo afe-rrado a un proyecto, es a costa de desconocer que el dispositivo de sociabilidad contemporánea (la ciudad como escenario de expresividad) lleva más bien al «sujeto independiente»; mejor aún, al individuo, a esa existencia humana que *vacía* de interioridad señala la experiencia de un ser-en-exposición (=la ciudad), individuo de pura expresividad localizable en la escisión y separación del espacio público (desechable) y del espacio privado (a recuperar como «privacidad»). Si la ciudad es algo así como una sociedad anónima y sus ventajas e inconvenientes se deben precisamente a que por definición una sociedad de este tipo *no tiene alma* (dotada de vida pero carente de espíritu), su «paisaje» es el de la expresividad y sus sujetos lo que llamo *ciudadinos*. Ciudadinos y no necesariamente ciudadanos, es decir: esos que captan con más propiedad no las llamadas comunmente «ciencias sociales», en tanto que dedicadas a la captura de una supuesta esencialidad humana, sino más bien el arte: una literatura y una plástica cuyo espacio sea efímero, fugitivo, contingente. Ciudadinos, pues: esos que quiere acorrallar la filosofía política bajo la figura del individuo hacia el sujeto, máscara éste último de una subjetividad universalizada que despliega el espacio homogéneo en el cual todos comparten la ilusión de la igualdad, condición *sine qua non* del intercambio generalizado que lo constituye como el hombre ciudadano.

²¹ RENAUT, A.: *La era del individuo*, op. cit., p. 67.

LOS DEVENIRES LIMINARES

Si la revolución del transporte masivo modificó rotundamente las coordenadas espacio-temporales de las metrópolis del siglo XX, la revolución de las «transmisiones» empieza a mutar nuevamente y cada vez en forma más acelerada los territorios existenciales de nuestra experiencia con-urbana. Así, la simultaneidad espacial de la que hemos hablado presupone no tanto la movilidad o la movilización cuanto el «derecho de visita» sobre el territorio de los otros. Accesibilidad llama Joseph a este «núcleo duro de una cultura urbana de la circulación que nos conduce a considerar como natural la experiencia de la *intrusión*»²². Y la distingue expresamente de cualquier connotación movible, porque como experiencia desterritorializada conlleva más bien la exigencia de la copresencia de «cuerpos intercambios», que así acceden unos a otros, que la del don de una supuesta ubicuidad.

La fragmentación del tiempo por su parte presupone lo que llamaríamos una simultaneidad de los instantes, es decir esa presencia absoluta en la cual la duración deviene soporte, superficie de una inscripción que se expone instantáneamente y que sólo en el *intervalo* tiene su forma de actualizarse. Simultaneidad, accesibilidad y copresencia como dispositivos de espacialización; fragmentación, instantaneidad e intervalo como dispositivos de temporalización: ambos procesos especifican el «nuevo régimen de visibilidad» de las metrópolis contemporáneas.

Por eso nuestras ciudades han dejado de ser el espacio de interacciones comunicativas en respuesta a un ideal de comportamiento público y de «formas de ser» particulares, para convertirse más bien en el teatro en el cual se ponen en escena miles de transacciones, de encuentros y de intercambios, cada vez más fugaces, más inmediatos, y también más repetitivos, ligeros y por eso mismo tal vez intensos.

Roland Barthes ya definía la ciudad como un discurso, «en realidad un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes; nosotros hablamos nuestra ciudad; la ciudad en la que estamos, simplemente al habitarla, al atravesarla, al mirarla... La ciudad esencial y semánticamente es el lugar de nuestro encuentro con el otro y por esta razón, el centro es el punto de reunión de cualquier ciudad»²³. Evidentemente, no es ésta la ciudad actual. Si seguimos la metáfora de Barthes encontramos en ella no un discurso, sino más bien miles de ellos que la cruzan. Los discursos la componen o descomponen en esa experiencia simultánea y a la vez fractal que la constituye. Allí no hay individuos que desde su condición de sujetos ciudadanos accedan al uso del espacio público. Hay más bien procesos de singularización que en cada instancia definen el «ritual de las circunstancias» para los actores

²² JOSEPH, I.: «L'univers des rencontres et la vulnérabilité des engagements», in *Les cahiers de philosophie. Le philosophe dans la cité*, n. 17, 1993, p. 221.

²³ Citado por INGERSOLL, Richard: «Tres tesis sobre la ciudad», in *Revista de Occidente. La ciudad hacia el año 2.000*, n. 185, Madrid, octubre de 1996, p. 19.

que así se sienten impelidos. No en vano la fragmentación de encuentros en los que se disuelve la experiencia del sujeto fractal tiende a encontrar en el interaccionismo su posibilidad de realización vital y en el *jumpcut* la estrategia de «montaje» de lo que pudiéramos llamar los planos de la vida cotidiana²⁴. Por eso las formas de singularidad y de socialidad puestas en obra en estas ciudades des-polarizadas, en estos espacios y tiempos virtuales, en estas memorias desterritorilizadas, encuentran más bien en los modos de ser propios del *turista*, del *transeúnte*, o del *extranjero* el nuevo espacio imaginario del ciudadano (*citadino*) contemporáneo. En rigor, deberíamos decir más bien que hemos devenido turistas, transeúntes y extranjeros en nuestras propias ciudades, no porque hayamos perdido nuestro sentido de pertenencia a unos espacios y unas interrelaciones –y aquí está esa figura estereotipada que hace más bien de los tres una clasificación tipológica con respecto a un territorio–, sino porque ellos son modos de ser tanto singulares como colectivos totalmente ajenos a sus coordenadas espacio-temporales.

Porque ser turista implica una forma particular de temporalidad afincada en un *ver* que hace del territorio un paisaje y del movimiento un viaje. En el juego de estos tres elementos está la condición turística de la experiencia contemporánea, cuyo modelo más representativo no está en el paseante de la ciudad, es decir, en el *flâneur* que describe Walter Benjamin, sino –como dice P. Salabert– en el «consumidor de las más variadas formas de lo exótico. Es el *voyeur* de lo Otro programado, institucionalizado como imagen purificada de la más típica otredad ofreciéndose en espectáculo»²⁵. Devenir transeúnte exige incluso algo más: porque una tal condición implica no tener ni punto de partida ni punto de llegada –de donde su diferencia con el nomadismo–; tener ojos para reconocer los intervalos, los contextos y los marcos en los cuales se sitúan las interacciones; ser capaz de «camuflarse» en el medio social que lo rodea y pasar así por otro más, «ir al paso», sin aferrarse a identidades, *dislocarse*, o al menos tener la capacidad de deshacerlas cuando las circunstancias así lo exijan. Exige, en fin, «no tener lugar», que es tanto como decir habitar una temporalidad más que una espacialidad. Devenir transeúnte es tener la capacidad de una perpetua movilidad sin necesidad de desplazamiento, lo que en última instancia define su *versatilidad*.

Cuando la escuela sociológica de Chicago reivindicó los espacios microsociológicos del «laboratorio urbano» para comprender la trama de socialidades y de singularidades de los habitantes de las metrópolis, estableció las coordenadas en las cuales devenían auténticos transeúntes. En efecto, este laboratorio escenifica tres movi- lidades: «Primera movilidad: el hombre es un ser de locomoción al que los encuentros y las experiencias de copresencia transforman en un enorme ojo. La ciudad insta- ura el privilegio sociológico de la vista (lo que se hace) sobre el

²⁴ Cfr. «el urbanismo *jumpcut*», en INGERSOLL, R.: *Op. cit.*, p. 18 s.

²⁵ SALABERT, Pere: *Figuras del viaje. Tiempo, arte e identidad*, Universidad Nacional de Rosario-Homo Sapiens Editores, Rosario, 1995, p. 26.

oído (lo que se cuenta), pero al conjugar la diversidad y lo accesible, la ciudad afecta lo visible con un coeficiente de indeterminación y de alarma. Segunda movilidad: el habitante de la ciudad es un ser cuya relación con el lugar que habita es completamente particular; con él la movilidad social y la movilidad residencial se conjugan. El habitante de la ciudad acumula las residencias y se deslocaliza constantemente. En cuanto a la tercera movilidad, es la que Simmel llama movilidad sin desplazamiento, la versatilidad del habitante de la ciudad, lo pasado de moda como modo de vida»²⁶. Nada más cercano a la realidad de nuestras ciudades y de nuestras experiencias *ciudadinas*.

Salvo por un criterio demasiado débil, como es el de una permanencia que crea la ilusión de pertenecer a un espacio ciudadano, hace rato que somos extranjeros en nuestros territorios; mejor dicho, emigrantes e inmigrantes en nuestro propio lugar; hace rato que «devenimos forasteros a nosotros mismos», como dice Deleuze. Y no es para menos, porque ser extranjero ya no identifica una tipología de ciudadano, sino más bien una forma de sociabilidad que en el ámbito de sus interacciones utiliza como estrategia la atención y la indiferencia. Ser extranjero ya no connota la no pertenencia a un territorio; implica, si se quiere, la puesta en escena de una territorialidad existencial, definida por intercambios fluidos, por contactos ligeros, por transacciones móviles y por encuentros pasajeros, en los cuales cabe más la actitud del actor y del comediante que la identidad de un sujeto.

Ahora bien, si hoy asistimos a la emergencia de unos nuevos dispositivos de territorialización es justamente porque la fisiografía urbana cede el espacio a la teatralización de la vida cotidiana como registro de sociabilidad; porque la inmovilidad y la fijeza de los dispositivos de identidad, tanto individual como colectiva, han sido desplazados por el carácter móvil y fluctuante de las «memorias y los comportamientos». En síntesis, porque en el espacio de las configuraciones de nuestros territorios existenciales la geografía ha sido reemplazada por la palabra. No en vano el teatro ha dejado de ser una metáfora –como lo fue para Rousseau y D’Alembert– para convertirse en un auténtico principio de realidad²⁷, una nueva «forma de visibilidad» en la cual tanto lo privado como lo social se deja ver, se *enuncia*.

Este cambio de mirada es el que impone el conjunto de las condiciones materiales, semánticas, estéticas y mnemotécnicas en las metrópolis contemporáneas. Aunque en rigor deberíamos más bien decir que son estas condiciones las que producen este otro régimen de visibilidad en el cual nos movemos hoy y que como «nueva tecnología de lo imaginario» ha transformado lenta pero profundamente nuestros territorios existenciales, ese «teatro de operaciones» que al decir de Augé

²⁶ JOSEPH, I.: *El transúnte y el espacio urbano*, op. cit., p. 21.

²⁷ Isaac Joseph ha dedicado un artículo al análisis de este problema. Cfr. «L’espace public comme lieu de l’action», in *Annales de la recherche urbaine*, París, n. 57-58, p. 65-70.

nos ha desplazado de lo «imaginario al todo ficcional»²⁸.

Si el teatro dejó de ser metáfora, es justo porque se teatralizó la vida pública. Buscar detrás de ella una vida «natural» que le diese consistencia no es más que confundir la simulación con el simulacro. Por eso es más que necesario devenir turistas.

J. Montoya Gómez
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional de Colombia
Medellín

RESUM

L'experiència contemporània d'allò urbà invalida qualsevol intent de modelització. A la figura del model se li oposa la d'una cartografia que anomeno *glocal*, per tal d'assenyalar la dissolució no només dels dispositius socials, sinó també la dels subjectes, a cavall entre les experiències globalitzants d'una desterritorialització generalitzada i el conseqüent procés de re-tribalització. Desplegada en les formes particulars, que assumeixen com a expressions d'un nou dispositiu espacio-temporal, aquestes cartografies *glocals* se'ns manifesten com a veritables esdeveniments liminars que reivindiquen unes experiències diferents per al ciutadà: el «dret de visita», l'interval, la intrusió, la dislocació, la versatilitat... En síntesi, un «fer-se turista».

ABSTRACT

Urban contemporary experiences invalidate any attempt at modelling. The void can be filled by the notion of *glocal* cartography, which seeks to explain the dissolution not only of social arrangements, but those of subjects. We are half-way between global experiences of general deterritorialization and a consequent re-tribalization process. These *glocal* cartographies unfold as specific forms, as new temporal and spatial expressions of organization. We are facing threshold citizenship experiences: «right to visit», the interval, intrusion, dislocation, inconstancy, etc. In short, «citizenship as a tourist».

²⁸ Cfr. AUGÉ, M.: *La guerra de los sueños, op. cit.*, p. 111 s. Por su parte, dice SALABERT: «Espacio paisajístico, duración indefinida y movilidad turística parecen aludir a un decantamiento subjetivo de lo real en el que la realidad más común entra en el orden de la pluralidad y la dispersión. Y es hacia el final cuando el espectáculo cobra todo su relieve. Las unidades clásicas del teatro, que fueron el espacio escénico, el tiempo de la acción y la propia unidad de acción, encuentran su caracterización final en una escenografía emocional única para la contemplación turística. Así, de una narración histórica de modelo argumental y dialéctico venimos a un desbordamiento anecdótico con decorado fijo». SALABERT, P.: *Figuras del Viaje. Tiempo, arte e identidad, op. cit.*, p. 27.